

CONCLUSIONES

Quién se acerque a este monográfico, puede llegar a creer que tiene los suficientes argumentos como para sostener que se trata de un análisis histórico, en torno a varias premisas -tanto urbanas como arquitectónicas-, sustentadas sobre toda una serie de conocimientos, -tanto científicos como tecnológicos-, que tuvieron lugar durante un determinado período de tiempo y sobre un espacio físico concreto. Pero una vez leída, tanto su introducción como los diferentes capítulos con un mayor detenimiento, será en ese preciso instante cuándo llegará a otro tipo de conclusión, que poco o nada tiene que ver con la anterior. Porque quien lo haga advertirá que realmente fue el pensamiento del profesor Eduardo Torroja el elemento tractor que suscitó el investigar la vía científica impulsada en Bilbao durante, fundamentalmente, los años sesenta del Franquismo. Sin embargo, sí es cierto que no resultó la difusión de su pensamiento de una forma tan extendida, tal y como hubiésemos supuesto que sucedería desde un principio. Tal vez se deba a que entre los mismos arquitectos se hubiese colocado una especie de incomprensible manto sobre toda su labor investigadora en torno a problemas tan graves como el de la vivienda, que llevaría a cabo un efecto disuasorio para muchos de estos investigadores, como si hubiese sido motivo de algún demérito toda la, tan excelsa como incuantificable, labor teórico científica del profesor Torroja en ámbitos que realmente, tanto el cómo su instituto, nunca dejaron de estudiar. Es más, al analizarlo con más detenimiento es cuando constatamos que de ser fue, precisamente, todo lo contrario. Lo cual si bien en un principio fue motivo de impedimento para quienes se acercaron a sus propuestas -en busca de un modelo de pensamiento científico a seguir-, también lo fue el que no pudieran valorar en su justa medida su brillante labor a favor de la investigación en España como el camino que debían de tomar el resto tanto de técnicos como de políticos. Recuerden que dicho argumento, Torroja lo venía haciendo extensible desde años atrás a otros profesionales del mundo de la construcción si es que querían lograr resolver problemas tan graves como el del extraordinario déficit de viviendas.

No obstante, todo aquel léxico que utilizaba Torroja tuvo que ser impactante para quienes le leían en sus publicaciones o aquellos otros que le escuchaban en sus conferencias, al pronunciar esta serie de términos totalmente alejados del discurso oficial: nuevas exigencias científicas, labor de investigación, laboratorios modernos, crecientes e innovadoras técnicas, tipificación, producción en

serie o resultados económicos sorprendentes...Una terminología que para muchos de aquellos jóvenes técnicos no les resultaría del todo desconocida sino que más bien todo lo contrario, porque coincidía sino plenamente casi, tanto con el pensamiento como con el vocabulario que llevaban defendiendo desde décadas atrás toda una serie de brillantes arquitectos: Walter Gropius, Mies van der Rohe o Louis Khan... a quienes además llegaron a conocer o bien a través de las entrevistas que les realizaron en conocidas revistas o bien los escucharon de viva voz al viajar algunos de ellos hasta los Estados Unidos y conocerlos in situ.

Todo este pensamiento llegó tras la enriquecedora experiencia de haber podido estudiar en diferentes instituciones de enseñanza e investigación de gran prestigio internacional, fundamentalmente de los Estados Unidos. De hecho, como consecuencia de haber trabajado todas aquellas disciplinas científicas, a Torroja se le quedó grabado todo aquel enriquecedor léxico recibido. Porque en todo momento fue plenamente consciente de la importancia de este ideario e hizo todo lo posible para que se propagara y desarrollara, para beneficio tanto del futuro investigador español como para el del progreso tecnológico de toda una nación.

Todos aquellos alegatos que sostuvo Torroja para resolver el grave problema de la vivienda, no tuvieron otra pretensión que la de promover aquellos innovadores sistemas, tales como la del desarrollo y la producción de los elementos constructivos que no conllevaría sino a producir viviendas totalmente prefabricadas. No obstante, con dicho manifiesto instaba a reivindicar que todo ello no pasaba previamente sino por crear tanto unos modernos laboratorios como un centro de exposición además de un instrumento de difusión. Pero si se optó por dicha vía fue porque ni siquiera bajo aquella contradictoria realidad, ni aquellos dirigentes, políticos ni otros técnicos y profesionales coetáneos, dudo que supieran valorar a Torroja por quien era realmente: un gran investigador y docente. Todo eso sucedía mientras unos investigadores tacharon su influencia de extraordinaria, y otros, en cambio, ni siquiera lo llegarían ni a reconocer ni a valorar en su justa medida.

Torroja fue en todo momento coherente con sus ideas, es más, defendió y repitió hasta la saciedad que el alto nivel en la investigación se debía gracias a los laboratorios e investigadores. A lo que añadió que los estudios experimentales eran necesarios tanto para comprobar los resultados de las teorías como para resolver aquellos

problemas que esas teorías eran por el momento incapaces de resolver. Pero que acabarían haciéndolo.

Pero, ¿acaso no estuvieron esos años cincuenta y sesenta marcados por un optimismo generalizado y exacerbado en ámbitos como el de la arquitectura y el de la ingeniería, a través de unos extraordinarios progresos tanto materiales como tecnológicos? ¿No era todo lo que llegaba desde los EE.UU. durante aquellos años pura seducción para aquella España que trataba a marchas forzadas de salir de un periodo marcado precisamente por la escasez y por la penuria? ¿No fue todo lo que vieron los jóvenes arquitectos e ingenieros españoles cuando viajaron a los Estados Unidos en los años cincuenta, motivo de un inusitado entusiasmo, porque precisamente sabían de antemano qué iban a ver y qué era lo que querían ver, y aun sabiéndolo, cuando lo vieron, se sorprendieron igualmente y quedaron totalmente fascinados? Nunca una descripción exacta escrita o descrita de viva voz, ni tan siquiera una fotografía ni un film serían capaces de retratar mejor que la propia experiencia de la realidad. Eso fue precisamente con lo que se encontraron quienes viajaron y quienes, al contemplar aquel país y sus ciudades, no hicieron sino confirmar dicha premisa, es decir, que la realidad siempre supera a la ficción. El resultado fue que el impacto en el pensamiento científico en dichos arquitectos, ingenieros y demás técnicos viajeros fue aún mayor de lo que en un principio ellos mismos hubieran podido llegar a pensar.

Aparte de su más que evidente nexos con los Estados Unidos, con el paso de los años se consolidaron ambos argumentos como instrumentos de cambio no sólo para los arquitectos e ingenieros, sino que también para el conjunto de la sociedad bilbaína. La primera incertidumbre que le surge a cualquier investigador es si fue, tal y como nos lo han descrito, una pretensión además de anhelada también reivindicada o fue por el contrario algo totalmente carente de premeditación, es decir, que llegó sin más, como mucho por el interés que tuvieran los mismos americanos.

Puede resultar para muchos un tanto extraño, que a pesar de seguir tanto las pautas científicas de Torroja como la mimesis de algunos símbolos de la arquitectura moderna americana desde Bilbao, finalmente no obtuvieran el resultado esperado. Lo que sí ocurrió, fundamentalmente, fue, que a la propuesta teórica de



Figura 122. El arquitecto Eugenio Aguinaga junto a arquitectos e ingenieros que participaron en el viaje (Memoria proyectos de viviendas y urbanización en Estados Unidos CNPI 1959).



Figura 123. Félix Iñiguez de Onzoño arquitecto (AMB-BUA, Fondo Ayuntamiento de Bilbao, autor GIRPA).

Torroja faltaba una parte indispensable para que finalmente se diese de forma positiva el resultado de dicha ecuación, como fue la que correspondía a las cuantiosas inversiones económicas necesarias para que dicho supuesto saliese adelante, cosa que nunca sucedió. Sobre todo, si tenemos en cuenta que para lograr una prolífica actividad científica esta no pasaba sino por crear patentes propias que a posteriori les hubiese proporcionado no tan sólo un amplio bagaje científico con toda una serie de nuevos materiales y sistemas, además de una independencia tecnológica, sino que también unos óptimos resultados económicos, tal y como sucedía en aquellos países tecnológicamente más adelantados. No obstante, para comprender mínimamente aquella realidad tan sólo había que comparar las inversiones, apenas reseñables en investigación en España con las de otros países de la Europa Occidental, pero sobre todo con las de los Estados Unidos, que resultaron ser obscuramente extraordinarias.

Sin duda, aquellos viajes a los Estados Unidos sustentados por los americanos; el que fuesen contratados algunos arquitectos e ingenieros españoles para trabajar con los arquitectos americanos en la construcción de las bases americanas en España; las lecturas de las revistas americanas e incluso de otros países pero que tenían el mismo interés por los Estados Unidos; las series que publicaba la prensa diaria sobre sus ciudades, su industria, sus infraestructuras y su arquitectura... les llevaron a verse influenciados no sólo de una manera más que ostensible y prolongada en el tiempo, sino que también a no ser conscientes realmente de hasta donde llegaba dicha influencia. Recuerden sino algunas de las conclusiones a las que llegó la profesora Pilar Salazar en su tesis sobre la influencia de la arquitectura americana en España, porque: *frente a anteriores fracasos, esta otra arquitectura llegó para ofrecer bienestar y éxito, es más, llegó con aires de una portentosa libertad creativa y unas posibilidades técnicas sin límite.* (Salazar 2018: 332) Hipótesis que podemos constatar al menos parcialmente por las entrevistas realizadas tanto a los arquitectos Luis Vázquez de Castro y Valentín Picatoste como al arquitecto bilbaíno Félix Iñiguez de Onzoño, quienes, a pesar de que sus gustos personales pasaban por recrear otro tipo de arquitectura, bien la arquitectura italiana o bien la arquitectura nórdica, finalmente se vieron irremisiblemente arrastrados por la extraordinaria influencia de la arquitectura moderna americana, como tantos otros.

Durante aquellos años se suscitó una generalizada corriente de ruptura con el pasado arquitectónico más inmediato, que no trataba sino de buscar reproducir aquella denominada arquitectura moderna americana que admiraban los jóvenes arquitectos bilbaínos. Estos, de hecho, se encontraron con toda una serie de, lo que tachaban, nuevos valores: ¿acaso no se puede vincular dicha pretendida arquitectura, por ser uno de sus mayores méritos, tanto con las reflexiones como con las hipótesis que se suscitarían posteriormente?, ¿tanto con una nueva estética como con unos innovadores materiales constructivos?, ¿tanto con una supuesta modernidad por sus inéditos sistemas de prefabricación como con las patentes que darían lugar a nuevas formas arquitectónicas?. Y ¿las culturales?, me refiero, como no, a la cultura del ocio, a la de las compras masivas, reproduciendo el modo de vida propiamente americano, *el american way of life*, con aquellos grandes centros comerciales, es decir, sus famosos shoppings centers. ¿No trataron dichos arquitectos e ingenieros al volver de sus viajes sino imitar todo aquel universo que aparecía, una y otra vez, en los medios de comunicación, tanto a través de las grandes como de las pequeñas pantallas? ¿que en definitiva no les suscitaba sino una extraña perplejidad además de una irremediable seducción? ¿y que les llevaba irremisiblemente a la reproductibilidad de dicha admirada modernidad si es que querían adquirirla?

Bilbao, se encontró durante esos años inmerso en un complejo debate, el cual llevó a no pocos profesionales a pensar que una vez verificada aquella realidad las opciones eran no sólo ciertamente ambiguas, sino que también aparentemente estériles. Porque con el

paso de los años constataron algo, además de inesperado, difícil de aceptar. Sobre todo, para aquellos que buscaron con ahínco otras vías diferentes a las hasta entonces sostenidas por las autoridades. Fue precisamente en ese momento cuando comprendieron que pensamiento científico no llevaba implícito un supuesto progreso tecnológico, ni tan siquiera la reproductibilidad, tanto de la vía científica americana como de su arquitectura, llegaría a ser una solución a los más que graves problemas de la ciudad.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a todas estas instituciones y a sus trabajadores(a)s puesto que con su gran profesionalidad me han ayudado a poder llevar a cabo este trabajo de investigación: al Archivo Municipal de Bilbao, al Archivo Foral de Bizkaia, al Archivo General de la Administración Pública de la Comunidad Autónoma de Euskadi, Archivo General de la Administración, a la Biblioteca Foral de Bizkaia, a la Biblioteca de la delegación del COAVN en Bizkaia, a la Biblioteca del COAM, a la Biblioteca del Ministerio de Industria, Comercio y Turismo, a la Biblioteca de la Escuela de Ingenieros de Bilbao y al Instituto de Ciencias de la Construcción Eduardo Torroja, tanto a su archivo como a su biblioteca. Por supuesto el mayor de los agradecimientos es para el profesor Carlos Sambricio, un guía excepcional en este siempre sinuoso camino de la investigación. Tanto al investigar como al escribir, sus ideas y consejos en ningún momento han dejado de estar presentes.